



**LUCÍA
BASKARAN
CUERPOS
MALDITOS**

NOVELA

LUCÍA BASKARAN
CUERPOS MALDITOS

© Lucía Bascaran Caro, 2019

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2019

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-9998-742-2

Depósito legal: B. 7.378-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

|

Doce corazones sangrantes en tu mano derecha. Y después: tú agachándote para recoger algo que viste en el suelo, el coche impactando contra tu cuerpo. Resultado: doce corazones sangrantes en la carretera más el tuyo, que sangró hacia el pericardio, la membrana que recubre el corazón, y generó un taponamiento cardíaco, y el mío, que sigue latiendo aunque a veces no lo oiga.

Total: catorce corazones.

Nunca había visto un corazón sangrante. Supe tras una búsqueda en Google que es una planta herbácea originaria del este de Asia que puede alcanzar los setenta centímetros de altura, que es muy apta para climas templados con cierto grado de humedad, que preferiblemente debe estar situada en semisombra y que también se la conoce como Flor en el Corazón, Corazón de María o Corazón de la Virgen. Debieron costarte una fortuna, mucho más que los lirios que encargué la semana anterior para mi ramo de novia.

Todavía puedo oír los aullidos de tu madre.

Yo no grité. Ni un sonido, ni una lágrima. Nada. Mi sangre se llenó de hielo, mi cabeza de preguntas. ¿Viste tu vida pasar por delante de tus ojos antes de morir? ¿Era yo la protagonista de alguna de esas imágenes? ¿Cuál fue tu último pensamiento? ¿Llegaste a quererme alguna vez? ¿Para quién eran esas flores? Llevo un año y tres meses haciéndome estas preguntas. A veces apareces en mis sueños y contestas alguna, pero nunca a la más importante.

Nadie me toca. Siempre mantienen cierta distancia, como si temieran contagiarse de tu muerte, como si yo te hubiese matado. Me hablan dos tonos por debajo del habitual. Incluso tu madre, que normalmente habla muy alto, se dirige a mí en susurros. «Pobrecita niña», dicen cuando creen que no los oigo. «Pobrecita niña», pero nadie, aparte de mi padre, me abraza. Lo que más echo de menos son tus brazos y tu pecho y cómo se convertían en hogar sin importar dónde estuviéramos.

Llevo dentro tu olor. Por las noches, cuando cierro los ojos, tu olor viene a mí como un puñetazo y con él, las lágrimas. Nadie me ha visto llorar. Me imagino lo que piensan. «Se ha secado por dentro», o «el dolor es demasiado grande», o «quizás no lo esté pasando tan mal». A ninguno le falta razón. Pobrecita niña.

Una mano se cierra sobre mi garganta. No puedo verle la cara, pero sé que es un hombre. Ahora es cuando clavo mis dedos en sus ojos y a) consigo escapar, o b) lo mato y consigo escapar.

Estoy a punto de despertarme. Lo sé porque estoy en la fase del sueño en la que puedo tomar decisiones, como si el

sueño fuera una película dirigida por mí. El olor del agresor me resulta familiar. Su mano aprieta con más fuerza, por fin puedo verle la cara.

Uno. Dos. Tres. Despierta.

Siempre me despierto empapada en sudor. Mi cuerpo se calienta durante la noche y amanezco como si hubiese corrido una maratón: sudada y agotada. Mis pies y manos son las únicas partes de mi cuerpo que no se calientan nunca, siempre están helados. No importa las horas que duerma, el agotamiento se ha instalado en mí de manera perpetua.

Soy una mujer de noventa años que habita el cuerpo de una de veintisiete.

Ruedo sobre las sábanas frías. Un instante de felicidad pura. Un instante de felicidad pura hasta que me doy cuenta de que la razón por la que puedo rodar sobre las sábanas es porque estás muerto, porque ya no hay un cuerpo caliente al que pegarme. Me abrazo a la almohada con fuerza, nuestra cama convertida en un océano gigante que amenaza con engullirme. La angustia da paso a la rabia. ¿Dónde estás, Martín? ¿Dónde estás, por qué me has dejado sola?

Antes era de las que decía que no hay nada peor que la

autocompasión, pero antes pertenecía al mundo de los vivos, antes todo era ligero, antes éramos dos cuerpos y ahora tengo uno que ya ni siquiera es mío. Porque tú no eres el único que ha muerto, Martín. Tú quizás ya no estés aquí (aunque tu madre diga que siente tu presencia en todos los rincones, en la mirada de los animales y de los niños y en las mariposas blancas que han empezado a dejarse ver en el jardín de su casa), pero yo tampoco estoy, ni soy. Todo lo que era se congeló la tarde en la que el coche, tu sangre y el ramo de flores hicieron un *collage* macabro en la carretera. Tú, que cuando nos conocimos no parabas de repetir que había que morir joven, dejar un cadáver bonito y hacerlo de la manera más romántica posible, dejaste de vivir en medio de algo que bien podría haber sido una performance artística. Estarás encantado, supongo.

Ahora, la autocompasión, una prima lejana del amor propio, es lo único que me queda. Lo demás sucede dentro de mi cabeza, mis pensamientos me arrastran a una vorágine silenciosa de la que no puedo escapar. Mi mente me ata a la cama, me impide hacer tareas cotidianas, convirtiéndome en algo que ya no se puede definir como humano. Se me ha olvidado cómo ser una persona.

«No puedes seguir así», me decía mi padre cada vez que venía a visitarme. Dejó de hacerlo cuando le contesté que no, que no podía seguir así, que más me valía estar muerta. Supongo que mi padre prefiere tener una hija fantasma que una muerta, así que sustituyó las palabras por comida: cada lunes viene a casa para llenarme la nevera de *tuppers* con comida para toda la semana.

Mi padre y Gloria son las únicas personas a las que permito entrar en nuestra casa, en estas paredes que tú te empeñaste en que fueran blancas, blancas, blancas, todo blanco a

excepción de unos toques de color aquí y allá, un cojín turquesa por aquí, una alfombra azul cielo por allá, nada que provoque el más mínimo estrés, todo acorde con la última moda en decoración, porque por lo visto los occidentales no podemos tolerar el más mínimo estrés y hemos convertido nuestras casas en una suerte de manicomios modernos. Tú quisiste un hogar inspirado en el Valium para protegernos de los peligros que acechan fuera de nuestras paredes y resulta que estás muerto y que me has dejado en medio de estas habitaciones donde entra demasiada luz. Tu madre siente tu presencia en cada rincón, yo estoy encerrada en todos los rincones que elegiste para nosotros. Tras las paredes del hogar, nadie puede oír mis gritos. ¿Los oyes tú?

III

A pesar de haber vivido en Bortiz toda mi vida, aún me resisto a coger un jersey y un paraguas antes de salir de casa, aunque sean dos elementos imprescindibles en este pueblo donde llueve más de doscientos días al año. Por algún motivo que no logro entender, sigo pensando en Bortiz como en un lugar de veraneo, como si fuera una de esas turistas que vienen aquí esperando broncearse, engañadas por la promesa de que el sol siempre brilla en todos los rincones de la península. Las contadas ocasiones en las que el sol es lo suficientemente abrasador, las turistas hacen topless, algo que las lugareñas no hacemos por ser este un pueblo bastante pequeño. Muchos hombres aprovechan la ocasión para mirarlas desde el malecón fingiendo que están dando un paseo, sin darse cuenta de que no es la ausencia de ropa a lo que deberían prestar atención, sino a la forma en la que las turistas se tumban. Si lo hacen boca abajo, hay que fijarse en si mantienen el vientre relajado o prieto. Si está prieto, suele ser señal de que

la mujer en cuestión también está moviendo los músculos de la vagina, masturbándose en silencio y sin moverse.

Mi padre dice que Bortiz es para turistas aventureros, para gente que no le teme a la incertidumbre. Yo creo que Bortiz es un retiro para aquellos que no se permiten la tristeza en su día a día y la van acumulando hasta llegar a este escenario que tan bien la enmarca. Si eres de las que disfruta dando largos paseos bajo la lluvia mientras te atormentas con pensamientos pesados, este es tu sitio. Hoy agradezco esta humedad que me encrespa los rizos y me pesa en los huesos.

Me dirijo al bar que descubrí hace unas semanas durante uno de mis paseos nocturnos. Solo salgo a la calle cuando es de noche, así hay menos probabilidades de que alguien me vea y me reconozca. Pobrecita niña. Normalmente evito el paseo marítimo porque suele estar muy transitado, pero hoy la lluvia es tan densa que son pocos los que se han aventurado a salir de sus casas.

El bar está al final de la carretera que limita el pueblo, al lado de la última casa. Debe de llevar ahí muchos años, pero hasta hace dos semanas nunca había reparado en él. Para llegar hay que andar un buen trecho por el arcén. En noches como la de hoy es peligroso, el mar está embravecido, muchas veces las olas llegan hasta la carretera y la luz de las farolas no ilumina lo suficiente; pero ahora me siento más protegida entre estas olas, que podrían matarme en este tramo de asfalto mal iluminado, que en la plaza del pueblo en un día soleado.

A primera vista, el edificio que aloja el bar parece estar abandonado. Sus paredes están sucias, ennegrecidas, y las ventanas permanecen cerradas por unos postigos que antaño debían ser azules. Lo que llamó mi atención fue que el edifi-

cio no tenía una puerta principal, solo cuatro ventanas, como en una pesadilla. Al rodearlo me topé con unas escaleras de piedra escondidas entre unos matorrales salvajes. Al final de las escaleras, una portezuela de madera con un ventanuco del que salía luz. Me sorprendió comprobar que la puerta estaba abierta y que en su interior había un bar. Esperaba que el hombre de detrás de la barra me dijera que era una sociedad privada, que la entrada estaba restringida y que yo no tenía derecho a estar allí, pero tanto él como la escasa clientela (viejos en su mayoría) apenas me miraron, y si mi presencia los perturbó de alguna manera, no hicieron el más mínimo amago para demostrarlo.

En mis dos visitas anteriores, nadie me habló ni vi a nadie conocido, pero decido no bajarme la capucha por si acaso. Me acomodo en una esquina de la barra, desde donde puedo ver la puerta, y pido una cerveza que el barman me sirve sin mediar palabra.

A excepción de los cuatro viejos que juegan una partida de mus, la clientela del bar bebe sola. Una mujer de mediana edad echa monedas en la máquina tragaperras. Ella y yo somos las únicas presencias femeninas. ¿Será la dueña? ¿La mujer del barman o la del hombre que se sirve un vaso tras otro de vino?

La puerta del bar se abre y ahí estás tú. Ya me ha pasado más veces, ir andando por la calle y creer que te veo en los cuerpos de otros hombres, pero esta vez no hay ninguna duda. Cierro los ojos y siento el vómito subiéndome por la garganta. Vomito sobre mi regazo. No puedo abrir los ojos ni levantar la cabeza.